

menos en sus imitadores. Y aunque por nuestra parte le debamos singulares bellezas poéticas en sus églogas de Sá de Miranda y Camões, de Francisco de la Torre y Francisco de Figueroa, de Luis Barahona de Soto y el obispo Valbuena, para no citar otros varios, no puede menos de deplorarse aquella moda y convención literaria que por tanto tiempo encadenó a tan excelentes poetas al cultivo de un género artificial y amanerado, en que rara vez podían explayarse libremente la imaginación y el sentimiento.

La pastoral lírica por una parte, y por otra la égloga dramática de tono y sabor más indígena (hasta frisar a veces en grosero realismo), que tantos cultivadores tuvo desde Juan del Encina hasta Lope de Rueda, no podían menos de trascender al campo de la novela; pero al principio el bucolismo apareció episódicamente y con cierta timidez, sin constituir un género nuevo. Así le encontramos en las obras de Feliciano de Silva, a quien corresponde la dudosa gloria de haber introducido este nuevo elemento en el arte narrativo. Tanto en el *Amadís de Grecia*, que generalmente se le atribuye, como en las varias partes de *D. Florisel de Niquea*, encontramos a los pastores Darinel y Silvia con «aquellos admirables versos de sus bucólicas» que tanto dieron que reír a Cervantes. Aun en obra de tan distinto carácter y que parece la negación de todo idealismo, en la *Segunda Comedia de Celestina*, obra rufanesca, cuya primera edición es de 1534 (1), se halla intercalado de la manera más estrambótica el episodio del pastor Filínides y la pastora Acays (trigésima tercera *cena* o escena de la obra). En él aparecen ya todos los lugares comunes del género, como puede juzgarse por esta muestra: «Habés de saber, mi señora, que andando yo con mi ganado al prado de las Fuentes de los hoyos, que es una fresca pradera, ya que el sol quería ponerse teniendo el cielo todo lleno de manera de ovejas de gran hermosura, gozando yo de lo ver junto con el son que la caída de una hermosa fuente hacía sobre unas pizarras, mezclada la melodía del son del agua, de los cantares de los grillos, que ya barruntaban la noche con la caída del sol y frescura de cierto aire que el olor de los poleos juntamente con él corría; estando, pues, yo a tal tiempo labrando una cuchara con mi cañivete, probando en el cabo della a contrahacer a la mi Acays de la suerte que la tenía en la memoria, diciendo que quién la tuviera allí para podelle decir toda mi grima y cordojos, héteosla aquí dónde asoma para beber del agua de la fuente con un capillejo en su cabeza, con mil crespinas, y dos zarcillos colgando de sus orejas con dos gruesas cuentas de plata saliendo por como sus cernejas rubias como unas candelas, vestida una saya bermeja con su cinta de tachones de plata, que no era sino gloria vella. Pues a otear sus ojos monteros, tamaños como de una becerro, no eran sino dos saetas con la gracia y fuerza con que ojeaba: por cierto que el ganado desbobado por otealla, dejaba el pasto. Y así agostó con su hermosa vista la hermosura de los campos, como los lirios y rosas agostan con hermosura las magarzas. Y junto venía cantando, que mal año para cuantas calandrias ni ruiseñores hay en el mundo que así retumbasen sus cantilenas, pues el grillo de la voz ni grillos ni chicharras que así lo empinen. Y como yo la oteé y con aquella boca, que no parecía sino que se deshacía sal de la blancura de sus dientes, manando por la bermejura de sus labios, y que me habló diciendo: ¿Qué haces ahí, Filínides?»

El elemento pastoril, que es grotesco por lo inoportuno en Feliciano de Silva, tiene, por el contrario, hondo y poético sentido en un singular libro portugués, que debemos considerar más despacio.

(1) *Segunda Comedia de Celestina*, por Feliciano de Silva (tomo IX de la *Colección de libros españoles raros y curiosos*, Madrid, 1874), pp. 390-398.

El tránsito de la poesía cortesana del siglo xv a la italo-clásica del siglo xvi, cuyo patriarca es en Portugal Sá de Miranda, como entre nosotros lo son Boscán y Garcilaso, no fué violento ni se hizo en un día. Sirvieron de lazo entre ambas escuelas ciertos poetas inspirados y sentimentales, que conservando la *medida vieja*, es decir, la forma métrica del octoslabo peninsular, la adaptaron a un contenido diferente y mucho más poético que el de los versos de cancionero, creando una escuela bucólica, en que parece que retoñó la planta de la antigua pastoral gallega, no por imitación directa, según creemos (pues si la hubo fué más bien de las serranillas castellanas), sino por condiciones íntimas del genio nacional. Pero es cierto que tanto en Bernaldim Ribeiro, como en Cristóbal Falcao (1), que son los dos representantes de este grupo, influyó el renacimiento de la égloga clásica, influyó la égloga dramática de Juan del Encina y Gil Vicente, e influyó grandemente la novela sentimental del siglo xv (*El Siervo Libre de amor* de Juan Rodríguez del Padrón, la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro); género influido a su vez, como ya demostramos, por los libros de caballerías que en toda la Península pululaban, y a cuya lección se entregaba con delicia la juventud cortesana. Bernaldim Ribeiro, que no era gran poeta, pero sí un alma muy poética, de sensibilidad casi femenina (sea cual fuere el valor de las leyendas, que hacen de él una especie de Macías portugués y que van cediendo una tras otra al disolvente de la crítica moderna), atinó con la forma que convenía a todas estas vagas aspiraciones de sus contemporáneos, y poetizando libremente los casos de su vida, con relativa sencillez de estilo (no libre, sin embargo, de tiquis miquis metafísicos), y con una ingenua melodía, desconocida hasta entonces en la prosa, escribió, no el primer ensayo de novela pastoril, como generalmente se dice, sino una novela *sui generis*, llena de subjetivismo romántico, en que el escenario es pastoril, aunque la mayor parte de las aventuras son caballerescas. De Sannazaro, a quien acaso no conoció, no presenta reminiscencia alguna. Procede con entera independencia de él y de los demás italianos, a cuya escuela no pertenece. El poeta napolitano imita, o, por mejor decir, traduce y calca a Virgilio, a Teócrito, a todos los bucólicos antiguos; Bernaldim Ribeiro, hijo de la Edad Media, y que en sus obras no revela erudición alguna, combina el ideal caballeresco con el pastoril, reviste uno y otro con las formas de la alegoría, y valiéndose, como el autor de la *Cuestión de Amor*, del sistema de los anagramas, expone bajo el disfraz de la fábula hechos realmente acontecidos, si bien sobre la identificación de cada personaje haya larga controversia entre los eruditos.

La verdadera biografía de este raro poeta está envuelta en nieblas, y casi todo lo que de él se ha escrito son fábulas sin fundamento alguno. Aun los datos que pasan por más verídicos hay que entresacarlos de sus églogas, y ya se ve cuán arriesgado es el procedimiento de interpretar enigmas y alegorías.

Barbosa Machado, en su *Biblioteca Lusitana*, confundió al autor de las *Saudades* con otras dos personas del mismo nombre que vivieron muy posteriormente: un Bernardim Ribeiro Pacheco, Comendador de Villa Cova en la Orden de Cristo y Capitán mayor de las naos de la India en 1589, y otro Bernardim Ribeiro, que fué gobernador del castillo

(1) Sus obras fueron impresas con la novela de Bernardim Ribeiro en Ferrara, 1554. La principal es una égloga de más de 900 versos, conocida con el nombre de *Trovas de Chrisfal*, en que el poeta cuenta sus amores con doña María Brandam. Teófilo Braga publicó una reimpresión de estos versos. *Obras de Christovam Falcao contendo a Ecloga de Chrisfal, a Carta, Esfarsas e Sextinas*; ed. crítica reproducida da edição de Colonia, de 1559. Porto, 1871.

Del *Chrisfal* existe en la Biblioteca Nacional de Lisboa una edición en pliego suelto gótico, que parece anterior a la de Ferrara.

de San Jorge de Mina. Esta confusión fué deshecha por el ingenioso novelista Camilo Castello Branco, que era también un curioso indagador histórico (1). Resulta de sus investigaciones genealógicas que el Bernaldim Ribeiro poeta, cuyo segundo apellido era probablemente Mascarenhas, fué un hidalgo principal de la villa de Torrao en el Alemtejo, y al parecer había pasado ya de esta vida en 1552 (2).

Lo primero que se ignora de él, y sería dato capitalísimo para cualquier interpretación histórica de su novela, es la fecha de su nacimiento. Camilo le puso por buenas conjeturas en 1500 o 1501. Teófilo Braga, para sustentar una frágil hipótesis suya, que examinaremos después, le hace mucho más viejo, nacido en 1475. La autorizadísima opinión (no la hay mayor en estas materias) de doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos ha venido a confirmar la primera fecha, que se ajusta muy bien al texto de la égloga segunda, en que el poeta declara que tenía veintiún años cuando las grandes hambres del Alemtejo le obligaron a emigrar de su tierra y pasar el Tajo. El hambre a que se alude es, según doña Carolina, la de 1521 a 1522, puesto que de otras anteriores, como la de 1496, a que recurre Braga, no dicen los cronistas que ocasionasen tal emigración de los alemtejanos a Lisboa.

Admitida esta cronología, que es la más plausible, hay que suponer que Bernaldim Ribeiro fué sobremanera precoz como poeta y como enamorado, pues ya en el *Cancionero* de García de Resende, publicado en 1516, hay versos suyos dirigidos a una doña María Coresma, que Braga pretende que sea la *Cruelsia* de *Merina e Moça*. ¿Tendremos aquí el caso de otro homónimo? Las doce composiciones, bien insignificantes por cierto, que Resende da con su nombre, y son las más de ellas *esparsas* y *villancetes*, no anuncian en nada la manera muy personal de nuestro poeta.

El único hilo conductor que tenemos en la biografía de Ribeiro, aparte de las oscuras confesiones de sus versos, son las obras del Dr. Francisco de Sá de Miranda, que no aparece con él en relaciones de discípulo a maestro, como sin fundamento se ha pretendido, sino de amigo y compañero, aunque siguiesen muy diverso rumbo poético. «Sá de Miranda (dice la Sra. Michaëlis), a pesar de los loores que concede a los «versos lastimeros», a la «vena blandísima» de su amigo, nunca alude a él como antecesor suyo, antes le trata como a un camarada, colocándose en una posición enteramente diversa de aquella que toma respecto de Garcilaso, que fué su verdadero maestro (3)».

Sá de Miranda había nacido en 1495; tenía probablemente más edad que Bernaldim Ribeiro, en cuya égloga segunda interviene con el imperfecto anagrama de *Franco de Sandovir*:

Este era aquelle pastor

(1) *Noites de insomnio*, núm. 19, pp. 29-36.

(2) Son también personas distintas de nuestro poeta, aunque acaso no lo sean todas entre sí, un Bernaldim Ribeiro, que fué nombrado escribano de cámara de D. Juan III en 1524; otro que era escribano en Barcellos en 1586, y otro que aparece como procurador de número en Obidos y contador de un hospital en Caldas da Rainha por los años de 1594 (Vid. el prólogo del Sr. Pesanha a su edición de *Menina e Moça*, pp. CLXXIII y CLXXIV). Creo que en ninguna parte abundan los homónimos tanto como en Portugal. En cuanto al Bernardino de Ribera, maestro de capilla de Toledo, que T. Braga quiso identificar con el poeta, Barbieri demostró que era natural de Játiba.

(3) *Poesías de Francisco de Sá de Miranda. Edição feita sobre cinco manuscritos inéditos e todas as edições impressas. Acompanhada de um estudo sobre o poeta, variantes, notas, glossario e um retrato por Carolina Michaëlis de Vasconcellos. Halle, Max Niemeyer, 1885. Vid. sobre B. Ribeiro, pp. 767-771.*

Edición admirable, magistral, la mejor que tenemos hasta ahora de ningún lírico español del siglo XVI.

A quem Célia muito amou,
Nympha do maior primor
Que em Mondego se banhou,
E que cantava melhor.

Uno y otro poeta parecen haber concurrido juntos a los saraos de palacio; juntos hicieron versos a una celebrada belleza de la Corte del rey don Manuel, doña Leonor Mascarenhas, poetisa también, y que podía contestar en verso a sus servidores, comparada por Sá de Miranda nada menos que con Victoria Colonna. Todo induce a creer que uno y otro se hacían mutuas confianzas sobre sus amores y sus poesías y que mantuvieron siempre firme y leal amistad.

Concordando e interpretando sagazmente los varios textos de Sá de Miranda, relativos a nuestro poeta, especialmente en la égloga *Alejo*, infiere la doctísima escritora que Bernaldim Ribeiro, después de haber disfrutado de mucho favor en la Corte, cayó en desgracia por intrigas palaciegas, incurrió en el enojo de un gran señor, que parece haber sido don Antonio de Ataíde, primer conde de Castanheira, omnipotente valido de don Juan III, y hubo de buscar asilo contra aquella tormenta o en la soledad del campo o fuera del reino (en Castilla o en Italia), arrastrando en su desgracia a su generoso amigo, que tomó denodadamente su defensa y hubo de salir por ello de la Corte en 1532. Nada nos autoriza para afirmar ni para negar que fuese una aventura amorosa la causa del destierro de Bernaldim. Queda aquí un misterio hasta ahora no descifrado, y que acaso no lo será jamás.

Pero el libro de las *Saudades* está ahí vago y melancólico, revelando en balbuciente lenguaje, en frases entrecortadas, los devaneos y tormentas de un alma que sólo parece haber nacido para el amor. El autor, como de intento, ha huído de toda indicación precisa sobre los personajes y el lugar de la escena. El relato está puesto en boca de dos mujeres, cuya historia anterior ignoramos de todo punto; pero que debía de ser muy amarga y dolorosa, a juzgar por los afectos que las embargan, única cosa que de ellas acertamos a percibir, puesto que se nos ocultan hasta sus nombres. Una nube de tristeza resignada envuelve toda la obra, y cuando aparecen en ella nuevas figuras humanas, pronto se hunden en la región de las sombras, dejándonos contemplar apenas sus pálidos rostros. Todos parecen víctimas de una fatalidad invencible, que los arrastra en el torrente de la pasión, casi sin lucha. Una ternura muy poco viril, un sentimentalismo algo enfermizo, pero que llega a ser encantador por lo temprano y solitario de su aparición, un prerromanticismo patético y sincero dan extraño y penetrante encanto a esta narración, en medio de lo imperfecto del estilo, no educado todavía para estos análisis subjetivos, o quizá en virtud de esta imperfección misma, que hace resaltar lo candoroso de los esfuerzos que el autor hace para vencerla.

Las *Saudades* de Bernaldim Ribeiro, en todas las ediciones, excepto la primera y rarísima de Ferrara, 1554, y la moderna del Sr. Pesanha (1), lleva una continuación que hoy la mayor parte de los críticos convienen en desechar como apócrifa, aunque a mi ver contiene algunos trozos auténticos. De todos modos, la obra personal y exquisita de Bernaldim Ribeiro son los treinta y un capítulos de la primera parte, de los cuales paso a dar rápida cuenta, que procuraré amenizar con la inserción de algunos fragmentos, tra-

(1) *Bernaldim Ribeiro, Menina e Moça... (Saudades). Edição dirigida e prefaciada por D. José Pesanha. Porto. E. Chardron, ed. 1891.*

duciéndolos lo más literalmente que pueda, aunque de seguro perderán gran parte del hechizo que tienen en el habla ingenua y mimosa en que fueron escritos.

Para que todo sea raro en la fortuna de este libro, lo fué hasta el modo de su aparición póstuma, inesperada y como clandestina, en una ciudad de Italia de la que tenían menos relaciones con nuestra Península; y lo fué también el título con que salió a luz, tomado de las primeras palabras de la novela: «*Menina e moça*, me levaram de casa de meu pay»; título que no debe ser el que puso Ribeiro, pues no es la historia de la *menina* la que se cuenta en el libro, sino que es ella la que cuenta historias ajenas. De todos modos, el título prevaleció, y lo merece, porque cuadra al carácter vago y enigmático de la novela. La Inquisición de Portugal la prohibió en 1581, acaso por las alusiones que en ella veían los contemporáneos, pues de otro modo no se comprende tal rigor con una obra tan honesta e inocente. Cuando permitió que se reimprimiese en 1645, impuso un cambio de título, como si se tratase de un nuevo libro, sin duda para que no pareciese que procedía de ligero volviendo sobre su acuerdo. Pero el nuevo rótulo de *Saudades* no llegó a desterrar el de *Menina e Moça...*, que reapareció en la edición de 1785 y es hoy el único que se usa.

El capítulo primero es una especie de prefacio, en que la cuitada *menina e moça*, que había buscado refugio para sus tristezas en un lugar solitario donde no veía «sino de un lado sierras que no se mudan nunca y de otro aguas de la mar que nunca están quedas», comienza a escribir las cosas que vio y oyó, aunque declarando que las escribe para ella sola.

«Si en algún tiempo fuere hallado este librito por personas alegres, no lo lean, que por ventura, pareciéndoles que sus casos serán mudables como los aquí contados, su placer les será menos agradable; y esto donde yo estuviese, me dolería, porque asaz bastaba nacer yo para mis aflicciones, y no para causar las de otros. Los tristes lo podrán leer; pero hombres tristes no los hay desde que en las mujeres hubo piedad. Mujeres, sí, porque siempre en los hombres hubo desamor. Mas para ellas no escribo yo, que pues su mal es tamaño que no se puede comparar con otro ninguno, sería en mí gran sinrazón querer que me leyeran para entristecerse más; antes las pido muy ahincadamente que huyan de este libro y de todas las cosas de tristeza; que aun así pocos serán los días que tengan alegres, pues así está ordenado por la desventura con que nacen

»Para una sola persona podía este libro ser; pero de ésta nada volví a saber después que sus desdichas y las mías le llevaron para luengas tierras extrañas, donde yo bien sé que, vivo o muerto, le posee la tierra sin placer ninguno. ¡Amigo mío verdadero!, ¿quién os llevó tan lejos de mí? Vos conmigo y yo con vos, solos, acostumbrábamos pasar nuestros enojos que entonces nos parecían tan grandes, y eran tan pequeños, comparados con los que vinieron después. A vos lo contaba yo todo. Cuando os fuisteis todo se convirtió en tristeza, y no parece sino que la tristeza estaba anhelando para que os fueseis. Y porque todo más me afligiese, ni siquiera me dejaron en vuestra partida el consuelo de saber hacia qué parte de la tierra ibais, porque si lo supiera descansara mis ojos en levantar para allá la vista.

»Aun con vos usó vuestra desventura algún modo de piedad (de la que no acostumbra con ninguna persona) en alejaros de la vista de esta tierra, pues ya que no había remedio para que no sintierais tan grandes lástimas, a lo menos para no oírlas os le dió. ¡Cuitada de mí, que estoy hablando, y no veo que el viento lleva mis palabras, y que no me puede oír aquel a quien yo hablo!

»Bien sé que el escribir alguna cosa pide mucho reposo, y a mí me llevan de una

parte a otra mis tristezas, y me es forzoso tomar las palabras que me dan, porque no estoy tan obligada a servir al ingenio como a mi dolor. De estas culpas se hallarán muchas en este librito; culpas de mi mala ventura fueron todas. ¿Pero quién me manda mirar en culpas ni en disculpas? El libro ha de ser de quien va escrito en él. De las tristezas no se puede contar nada ordenadamente, porque desordenadamente acontecen ellas. Tampoco me importa que no las lea ninguno, porque yo escribo para uno sólo o para ninguno, pues de él, como dije, nada sé mucho ha. Ojalá me sea en algún tiempo otorgado que esta pequeña prenda de mis largos suspiros vaya ante sus ojos.»

He transcrito casi íntegra esta sollozante elegía, donde las palabras parece que van empapadas en lágrimas, porque basta para dar idea del genio poético de Bernaldim Ribeiro, de su lírico y apasionado estilo, y de la profunda emoción a que debe su gloria.

Después de este misterioso prelude comienza la narración de la doncella, trasladándonos a un paisaje idílico, pero de tono gris y velado por la misma melancolía *saudosa* que domina en toda la obra.

«Al despertarme uno de los días pasados vi cómo la mañana se alzaba hermosa y se extendía graciosamente por entre los valles, porque el sol, levantado hasta los pechos, venía tomando posesión de los oteros, como quien se quería enseñorear de la tierra. Las dulces aves, batiendo las alas, andaban buscándose unas a otras. Los pastores tañendo sus flautas y rodeados de los rebaños, comenzaban a asomar por las cumbres. Para todos se mostraba alegre el día. Pero lo que hacía alegrar todas las cosas, a mí sola daba ocasión de estar triste, acordándome de algún tiempo que fue, y que ojalá nunca hubiese sido, y deseaba irme por lugares solitarios, donde me desahogase con suspirar.

»Y aun no era alto día cuando yo (parece que de propósito) determiné venir al pie de este monte que de arboledas grandes y verdes hierbas y deleitosas sombras está lleno, por donde corre todo el año un pequeño raudal de agua, cuyo ruido, en las noches calladas, hace en lo más alto de este monte un *soledoso* tono, que muchas veces me quita el sueño, y otras muchas voy a lavar en él mis lágrimas, y otras muchas, infinitas, las torno a beber...

»Llegando a la orilla del río, miré para dónde había mejores sombras. Y me parecieron mejores las que estaban a la otra parte del río... Y pasé allá, y fui a sentarme bajo la espesa sombra de un verde fresno que un poco más abajo estaba. Algunas de las ramas extendía por encima del agua, que allí hacía algún tanto de corriente, e impedida con un peñasco que en medio de ella estaba, se partía por uno y otro lado murmurando. Yo, que llevaba puestos los ojos allí, comence a pensar que también en las cosas que no tienen entendimiento había esto de hacerse enojo las unas a las otras...

»No había pasado mucho tiempo en esta meditación, cuando sobre un verde ramo que por cima del agua se extendía, vino a posarse un ruiseñor y comenzó a cantar tan dulcemente que del todo me llevó detrás de sí mi sentido de oír. Y él cada vez crecía más en sus quejas, y cuando parecía que cansado quería acabar, tornaba a comenzarlas como antes. ¡Triste del avecilla que mientras se estaba así quejando, no sé cómo se cayó muerta sobre aquella agua! Cayendo por entre las ramas, muchas hojas cayeron también sobre ella.

»Parecióme aquello señal de pesar y de caso desastrado. Llevaba el avecilla el agua en pos de sí, y las hojas detrás de ella, y quisiera yo ir a cogerla; pero por la corriente que allí hacía y por el matorral que se extendía de allí para abajo cerca del río, prestamente se alejó de mi vista. El corazón me dolió tanto de ver muerto tan de repente a quien poco antes vi estar cantando, que no pude contener las lágrimas...

»Y estando así mirando para donde corría el agua, sentí pasos en la arboleda. Pensando que fuese otra cosa, tuve miedo; pero mirando hacia allá vi que se acercaba una mujer, y poniendo en ella bien los ojos, vi que era de cuerpo alto, disposición buena, y el rostro de señora del tiempo antiguo. Vestida toda de negro, en su mánso andar y en sus graves meneos de cuerpo y de rostro y en su mirar parecía dama digna de acatamiento. Venía sola, y al parecer tan pensativa, que no apartaba los ramos de sí sino cuando le impedían el camino o le herían el rostro. Y mientras se movía con vagarosos pasos, alentaba de vez en cuando con fatiga, como si fuese a rendir el alma».

Quien fuese la incógnita dama no llega a averiguarse nunca, porque el poeta huye de precisar nada: sólo sabemos que lloraba a su hijo, pero no es su historia la que cuenta, sino otro desastre que aconteció en aquella ribera mucho tiempo atrás, y que ella, siendo *menina*, había oído referir a su padre «por historia». ¡Y de qué modo tan delicioso y tan romántico la anuncia!

«Cuando yo era de vuestra edad y estaba en casa de mi padre, en las largas veladas de las espaciosas noches de invierno, entre las otras mujeres de la casa, unas hilando y otras devanando, muchas veces, para engañar el trabajo, ordenábamos que alguna de nosotras contase historias que no dejasen parecer tan larga la hila (1); y una mujer de casa ya vieja, que había visto mucho y oído muchas cosas, como más anciana, decía siempre que a ella pertenecía aquel oficio. Y entonces contaba historias de caballeros andantes; y verdaderamente, las empresas y grandes aventuras en que ella contaba que se ponían por las doncellas, me hacían a mí tener piedad de ellos... ¡Cuántas doncellas comió ya la tierra con la soledad que les dejaron caballeros que come otra tierra con otras soledades! (2). Llenos están los libros de historias de doncellas que quedaron llorando por caballeros que se iban; y se acordaban todavía de dar de espuelas a sus caballos, porque no eran tan desamorados como ellos. En este cuento no entran los dos amigos de quien es la historia que antes os prometí. En ellos pienso yo que se encerraba la fe que en todos los otros se perdió, y creo que por eso ordenaron otros hombres matarlos a traición, malamente, porque no se parecían a ellos. Pero si muy de sentir fue la suerte de los dos, mucho más lo fue la de las dos tristes doncellas, a quienes su desventura trajo a tanto infortunio, que no solamente convino a los dos amigos tomar la muerte por ellas, sino que convino a ellas tomarla por sí mismas. Los dos amigos, en lo que hicieron cumplieron con ellas y consigo mismos y con aquello a que eran obligados por la orden de caballería que profesaban; ellas sólo cumplieron con ellos, lo cual yo creo que es de mayor estima y por tanto se debe tener más en cuenta».

Aquí comienza la verdadera novela, que debía ser la *historia de los dos amigos*; pero en la parte auténtica de *Menina e Moça* sólo tenemos la de uno de ellos, *Narbindel*, que después se llamó *Bimnarder* (seudónimos uno y otro de Bernaldim). Esta historia nada tiene de bucólica: es sencillamente caballeresca, con muchos toques de novela sentimental en el género de *Arnalte y Lucenda* o de *Leriano y Laureola*, pero con un sentimiento muy hondo que los libros de Diego de San Pedro rara vez tienen, y que tampoco acertó a expresar Juan Rodríguez del Padrón en su prosa informe y enmarañada.

Pasa la acción de este cuento en un lugar probablemente imaginario, porque el autor quiso que todo quedase oscuro e indeterminado en su libro. Sólo nos habla de unos valles

(1) *Hilas* continúan llamándose estas tertulias de aldea en la montaña de Santander, *filandones* en Asturias. Admirablemente las describe Pereda en su cuadro *Al amor de los tizonos*.

(2) Restituyo a la palabra *soledad* un sentido que nunca debió perder, y que es tan nuestro como la *saudade* portuguesa,

en otro tiempo muy poblados y ahora muy desiertos, donde floreció una ciudad ennoblecida de reales edificios, y donde todavía descubre el arado pedazos de armas y joyas de gran valía. Por estas señas han creído algunos que se trata de la clásica Évora, capital del Alemtejo, pero la vecindad de la mar a que varias veces se alude excluye tal interpretación, y sin duda por eso la leyenda literaria dió por teatro a las *Saudades* de Bernaldim la poética sierra de Cintra, a la cual por otra parte no cuadran las circunstancias arqueológicas antes indicadas, puestas acaso de intento para acrecentar el efecto melancólico del conjunto, como nueva paráfrasis del eterno y mal entendido *sunt lachrymae rerum*.

A este valle, pues, que tenemos por fantástico, vino en tiempos pasados un doble y famoso caballero llamado Lamentor, que había aportado allí cerca, en una nao grande cargada de muchas riquezas, y traía en su compañía a su esposa Belisa y a una hermana suya doncella, llamada Aonia. Caminaban las dos damas en unas ricas andas, porque la mayor venía muy adelantada en su embarazo. Al pasar por una puente, Lamentor tiene que sostener singular batalla con un caballero que defendía allí un paso honroso en obsequio y servicio de su cruel dama, la cual le había impuesto esta prueba o penitencia por tres años, antes de rendirle su voluntad. Rompen tres lanzas, y a la cuarta cae mortalmente herido el caballero de la puente. Descríbese el llanto de su hermana, que inopinadamente llega al lugar del combate. La escena es patética, y de alguna curiosidad para la historia de las costumbres funerarias de la Península, tan enlazadas con el género popular de las endechas: «Y cuando vio a su hermano que yacía sobre unos paños ricos que Lamentor le mandara poner, apeóse muy apresuradamente y fue corriendo hacia él, y lanzando sus tocados en tierra, comenzó a mesarse cruelmente los cabellos que largos eran, exclamando: «para dolor grande no se hicieron leyes». Esto decía ella porque era costumbre muy guardada en aquella tierra, y estaba bajo grandes penas prohibido, que ninguna mujer se pusiese en cabellos sino por su marido».

Quando se aleja la cuitada señora con el cadáver de su hermano llevado en las andas por su escudero, determina Lamentor plantar en aquel sitio su tienda aguardando el parto de su mujer, que aquella misma noche da a luz una niña e inmediatamente fallece. Mientras Aonia se lamentaba amargamente, acierta a llegar un caballero que venía de lejanas tierras a probar la aventura del puente, por mandado de una señora con quien tenía menos amor que deudas de agradecimiento. Al penetrar muy mesurada y humildemente en la tienda donde sonaban grandes llantos «vió a la señora Aonia, que en grande extremo era hermosa, sueltos sus largos cabellos, y parte de ellos mojados en lágrimas, que su rostro por algunas partes descubrían. Y fue luego traspasado de amor por ella, sin que hubiese de parte de su antigua afición defensa alguna, porque entrando el amor juntamente con la piedad, no sólo borró el pensamiento de la otra, sino que ya le pesaba del tiempo que había gastado en su servicio. Este fue uno de los dos amigos de quien trata nuestra historia.»

Llamábase hasta entonces *Narbindel*, pero al abandonar el servicio de su antigua dama Cruelsia, «que le había obligado pero no enamorado», y consagrarse con alma y vida al de la señora Aonia, determinó trocar las letras de su nombre, llamándose de allí adelante *Bimnarder*. Es de seguro la persona que representa al poeta en su obra.

Tristes presagios acompañan el principio de estos amores. Una sombra se aparece a Bimnarder. Como esforzado que era, echa mano a la espada y cobra osadía para preguntarla quién es. «Detén el brazo, Bimnarder (le dice la sombra), puesto que acabas de ser vencido por el llanto de una doncella». Una manada de lobos, persiguen, hasta matarle,

a su mejor caballo. Pero resuelto a no irse de aquella tierra y proseguir en su amoroso cuidado, se encamina a pie a una majada de pastores y entra a servir como vaquero a un mayoral de ganado. Acaso la fábula de Apolo guardando los rebaños de Admeto dió a Bernaldim Ribeiro la primera idea de este disfraz pastoril, aunque no se advierten en su libro, por caso rarísimo en su tiempo, reminiscencias clásicas ni mitológicas de ninguna especie.

Diestro en el tañer de la flauta y en el canto pastoril, Binnarder rondaba por las cercanías del castillo que Lamentor había mandado labrar en aquel valle, y su voz y sus tonadas eran gratas a sus moradores, especialmente a la nodriza de Aonia. «Muchas canciones sabía mi padre (dice la narradora de esta historia) de las que el pastor solía cantar, y tenían cosas de alto ingenio, o más verdaderamente de alto dolor, puestas y sembradas tan dulcemente por otras palabras rústicas, que quien bien las reparase, ligeramente entendería su verdadero sentido».

Es evidente que aquí alude Bernaldim a sus propios versos, de los cuales pone una sola cantiga para muestra. Esta cantiga es la que llegó a oídos de Aonia gracias a su ama, que era desde su mocedad muy sabida en libros de historias, y cuando vieja lo fué mucho más». Los versos son de cancionero, pero tienen un no sé qué de gracia afectuosa que en cualquier traducción se perdería:

Fogem as vaccas pera a agua,
Quando a mosca as vai seguir;
Eu só, triste em minha magua,
Nao tenho d'onde fugir . . .
Enmentes a calma dura,
Tem esta fatiga o gado,
A menhan pasce em verdura,
A tarde, em o secco prado.
Dorme a noite sem cuidado:
Cá tudo achou pera si.
Descanço, eu só o perdí.
A mim, nem quando o sol sai,
Nem depois que se vai pôr,
Nem quando a calma mór cai,
Nao me deixa a minha dor.
Dor, e outra cousa mór,
Comvosco hoje amanheci;
Comvosco honte anouteçci . . .

Esta cantiga oyó el ama, y pareciéndole bien, se la repitió a Aonia, que ya entendía la lengua de la tierra, ponderándole la gran tristeza del pastor y las lágrimas y suspiros con que había finalizado su canto. La señora Aonia, aunque no pasaba de trece o catorce años y no sabía que cosa era bien querer, se conmovió también con la canción y preguntó al ama por las señas del pastor. Naturalmente, el retrato de Binnarder no está desfavorado. «Es de buen cuerpo y de buena disposición: la barba, un poco espesa y un poco crecida que trae, parece que es la primera que le ha salido; los ojos blancos, de un blanco un poco nublado. En su presencia luego se columbra que alguna alta tristeza le subyuga el corazón».

«Tornó Aonia a preguntar a su ama cuántas veces le había visto. Dijola que aquel pastor vagaba continuamente en derredor de aquellas casas, y a veces se ponía a hablar con los trabajadores, y otras andaba por la ribera de enfrente, pastoreando su ganado.

Y este era el pastor a quien todos llamaban *el de la flauta*, que bien conocido era de todos.

»No le conocía Aonia, porque rara vez salía de su palacio, pero entró luego en voluntad de conocerle y de buscar manera para ello. Tal pena le había dado el oír su canto, que engañada con aquella falsa sombra de piedad, no pudo dormir en toda la noche siguiente. No porque todavía se hubiese declarado consigo misma, ni porque debajo de aquel deseo determinase nada: pero ardía en vivas llamas dentro de sí.

»Y porque de todo punto se acabase esto de confirmar, aun no era bien entrada la mañana, cuando saliendo el ama a una baranda o terrado que sobre una parte de las casas se parecía, vió al pastor que estaba solo a orillas del río, apoyado en el fresno donde se puso la primera vez que salió de la tienda, allí donde vió la sombra como os dije y allí donde vino después a morir. Y así como le vió el ama, fué corriendo a decirselo a Aonia: tal prisa daba ya la fortuna al desastre, o era venida la hora que no se podía dilatar».

Acude Aonia al terrado, y desde allí contempla despavorida la lucha de un toro del pastor con otro ajeno, a quien Binnarder rinde y postra con increíble bizarría. Desfallece la delicada virgen ante tal espectáculo, y cuando vuelve en sí en brazos del ama, su primera pregunta es por el pastor. Acertó a hallarse presente una mujer de la casa, que también había presenciado la pelea de los toros, y había reconocido en el encubierto pastor al caballero que llegó a la tienda de Lamentor el día de la muerte de Belisa y salió de allí «con los ojos llenos de la señora Aonia y de agua».

«Aonia oyó toda esta plática, y aunque el ama la contradecía, ella la creyó. Y en pos de esta creencia vinieron todas las otras cosas que la creencia en estos casos suele traer en pos de sí; y luego tuvo deseos, cuidadosa de parecer bien, y ya no veía el día ni la hora en que pudiese certificar de su voluntad a Binnarder para que no se apartase de allí por algún desastre, que ella comenzó a recelar, porque el verdadero bien querer no puede estar mucho tiempo sin recelos. Y desde que se determinó a amarle no podía descansar. Y como él tuviese por costumbre andar siempre en torno de aquellos palacios (que suntuosos se labraban a maravilla), Aonia se subía para mirarle por una ventana alta que en la cámara donde ella dormía estaba hecha sólo para recibir la luz». Cuando por primera vez la contempla Binnarder allí, queda como embobado y deja caer el cayado de las manos.

El autor describe con ingenuidad delicadísima el proceso de estos amores infantiles. ¡Qué suave melodía romántica la del cantar «a manera de *solao*, que era el que en las cosas tristes se acostumbraba en estas partes», con que el ama arrulla a la *menina*, y con vago terror alude a su desventura hereditaria y procura conjurar sus tristes hados! Cantar es éste de doble sentido, y que habla con Aonia más que con la inocente criatura:

Pensando vos estou, filha;
Vossa mae m' está lembrando;
Enchen-se-me os olhos d' agua,
Nella vos estou lavando,
Nascestes, filha, antre magua;
Pera bem inda vos seja!
Pois em vosso nascimento
Fortuna vos houve inveja.
Morto era o contentamento,
Nenhuma alegria ouvistes:
Vossa mae era finada,
Nós outros eramos tristes.